

El psicoanalista y el adolescente.

¿Existe una especificidad de la formación para el ejercicio psicoanalítico con el adolescente?

Florence Guignard

I. EL STATUS DEL ADOLESCENTE EN EL AÑO 2000

La versión puberal del Complejo de Edipo constituye, según Freud (S. Freud, 1905), la ocasión para una profunda reorganización de la economía psíquica. Esa reorganización implica una serie de modificaciones en las relaciones inconscientes del Yo del sujeto púber con sus objetos internos y, en primer lugar, con aquellos que organizan su Superyó.

Sin embargo, Freud se acercó escasamente a la cuestión de la adolescencia en tanto tal. Ese hecho no me parece desprovisto de sentido, y no podríamos reducirlo a la hipótesis según la cual “Freud no pudo haberlo dicho todo”. Hoy en día, un siglo más tarde, al alba del tercer milenio, el tema de la adolescencia se plantea nuevamente, y bajo otra forma. Voy a intentar explicarme.

Si exceptuamos a los pioneros como Bernfeld (S. Bernfeld, 1919) y Aichhorn (H. Aichhorn, 1925), es a las generaciones de psicoanalistas que sucedieron a Freud a las que les correspondió examinar la cuestión. En Francia, muchos de ellos estudiaron desde los años cincuenta esa edad extraña y fascinante por su violencia y su creatividad que lleva por nombre “adolescencia”¹. Esos trabajos dieron curso a una importante producción de obras,

¹ Además de los trabajos anglosajones de referencia de P. Blos y de M. & E. Laufer, citamos especialmente, dentro del ámbito francoparlante, los escritos de Pierre Mâle,

individuales o colectivas, como el número *L'adolescent* de la *Revue Française de Psychanalyse* (1980), así como la revista *Adolescence* desde 1982.

A partir de la subdivisión clásica de la adolescencia en dos períodos distintos (P. Gutton, 1991 y 1995), las características del púber quedaron bien diferenciadas de aquellas del devenir psíquico de los adolescentes mayores, enfrentados a su entrada en la vida activa, la vida social, *last but not least*, la vida sexual adulta. El estudio de la importancia de las modificaciones que intervienen particularmente en las relaciones entre el Ideal del Yo y el Superyó, en la segunda parte de la adolescencia, ha desembocado a menudo en perspectivas teórico-prácticas de marcos terapéuticos e institucionales que se encuentran en proceso aún hoy, tal como da cuenta la excelente obra de D. Arnoux (D. Arnoux, 1999).

Por mi parte, si hoy intento pasar revista a algunos escritos míos sobre la cuestión, puedo ver en qué medida ésta ha evolucionado en el curso de los últimos quince años en mi representación de los 12 a los 25 años, en el seno de lo que conozco de nuestra civilización occidental:

1984

En 1984 (F. Bégoïn-Guignard, 1984) ya notaba la fragilización creciente del período de latencia, y me preguntaba si había que considerar el pleno desarrollo del período de la adolescencia y de la mentalidad adolescente como un producto de lujo socioeconómico y cultural de los países ricos –llamados “desarrollados”– o si, por el contrario, se trataba de un subproducto de una sociedad más orientada por intereses de desarrollo económico que por preocupaciones de desarrollo individual y social.

En efecto, contrariamente a lo que ocurre en otras civilizaciones en las que la cesura entre la infancia y la edad adulta está marcada por ritos de pasaje que expresan lo ineluctable e irreversible de ésta, los niños de los años sesenta a ochenta en Occidente vivían en una realidad familiar y social que favorecía, incluso provocaba, según pienso, la instalación de un largo período de contornos borrosos. Este período abarcaba, por un lado, el perío-

R. Cahn, E. & J. Kestemberg, Ph. Jeammet, Ph. Gutton, F. Ladame, A. Gibeault, J. J. Baranès, etcétera.

do designado en tiempos de Freud con el término de latencia, y por el otro, más allá del tiempo de la pubertad, el de la primera parte de la adolescencia, que yo había denominadoseudolatencia. Por entonces yo observaba que el período así prolongado no era únicamente el de la impotencia, sino también el de la ambigüedad en las identificaciones sexuales, lo que me parecía tener consecuencias primordiales en el status del individuo en tanto sujeto de su propia existencia.

La pérdida de especificidad de esos tres tiempos –latencia, pubertad y pospubertad– me parecía modificar profundamente la organización tanto identificatoria como simbólica de esos niños. En el curso de ese largo período indiferenciado, ellos me parecían inmersos en el lugar privilegiado del falso Self y de la falsa apariencia, utilizando su status de objeto parcial, de objeto de comercio, incluso de fetiche –por ende se subproducto– para mantener relaciones, a menudo muy violentas, con una sociedad que explotaba ante todo su omnipotencia infantil.

Hoy en día mantendría el mismo discurso, observando además la cuasi desaparición del período de latencia en tanto que organizador de las defensas del orden de la represión secundaria, posedípica.

La cuestión que se le plantea a partir de ahí al psicoanálisis es la del devenir de las identificaciones llamadas “posedípicas” en ese nuevo cuadro de la economía pulsional.

1989

En 1989 (F. Bégoïn-Guignard, 1989 b) abordaba el tema de la adolescencia desde el punto de vista de lo que se pone en juego en la identificación y la simbolización. Postulaba un funcionamiento en doble hélice de las identificaciones proyectivas e introyectivas, es decir, de la capacidad de pensar y de los movimientos de individuación. Me preguntaba acerca de las vías por las cuales las simbolizaciones, verdaderas o falsas, de un cuerpo repentinamente transformado por la madurez sexual biológica, iban a poder desorganizarse y reorganizarse. Yo evocaba que el trabajo de simbolización debía servirse, a menudo simultáneamente, de tres vías de elaboración y de salida al mismo tiempo: las expresiones somáticas, las expresiones psíquicas y las expresiones adictivas.

Examinando (F. Bégoïn-Guignard, 1989 a) los efectos del *après-coup* puberal sobre la organización simbólica, relacional e identificatoria infantil, yo daba cuenta de la importancia reorganizadora de la tentación regresiva de la sexualidad infantil para el adolescente e intentaba caracterizar las repeticiones actuadas y las somatizaciones en juego en la simbolización, cuando ésta está confrontada con la madurez sexual biológica.

Hoy, mi posición sería la misma en lo que respecta a los atributos potenciales de los adolescentes. Por el contrario, estaría mucho más preocupada que hace diez años por la violencia caótica del medio encargado de contener a esos adolescentes en su revuelta y su desamparo en este momento de su desarrollo. Así, por ejemplo, los modelos adultos portadores de sus identificaciones proyectivas son a menudo patológicos, y la ausencia de autonomía de sus modelos de identificación introyectivos vuelven extremadamente peligrosa para ellos la “tentación regresiva de la sexualidad infantil” de la cual yo remarcaba, hace diez años, la valencia virtualmente estructurante frente a la madurez sexual biológica.

1990

En 1990 (F. Bégoïn-Guignard, 1990) postulaba la idea según la cual, en la medida en que uno de los parámetros esenciales de toda organización social humana está constituido por los problemas relativos al ordenamiento –incluso a la evitación– del enorme trabajo de duelo que concierne a las relaciones con los primeros objetos de investidura libidinal, la adolescencia constituye, en teoría, el lugar por excelencia del surgimiento de la incertidumbre en tanto vector portador de todas las potencialidades del desarrollo del ser humano en la edad adulta.

Sin embargo, yo notaba que mientras más largo fuera el tiempo dado por una sociedad a los jóvenes individuos que la componen para intentar disponer el duelo de sus objetos primordiales, más esta disposición correría el riesgo de “dispararse” del lado de la evitación. Al mismo tiempo, la naturaleza y las cualidades de las identificaciones que de ahí se desprenderían serían modificadas, según parámetros acerca de los cuales yo observaba que no teníamos entonces más que una perspectiva muy limitada.

Hoy en día diría que la desdiferenciación de las etapas que van del período llamado de “latencia” hasta la adolescencia avanzada se prolonga por una coexistencia de promiscuidad cada vez más importante entre los jóvenes adultos con sus padres, en los avatares sexuales y sentimentales de unos y otros. Esta prolongación está lejos de originarse únicamente en factores económicos; la generación adulta experimenta un placer cierto, incluso una gran complacencia narcisista en “rejuvenecer” de esta manera, favoreciendo al mismo tiempo en los adolescentes la evitación del reconocimiento de la diferencia de los sexos y de las generaciones, así como el doloroso trabajo de soledad que aguarda a todo sujeto en devenir.

2000

Después de haber constatado, en el curso de los años, una desaparición cada vez más notoria de las características clásicas del período de latencia en provecho de un ilusorio avance de la pubertad psíquica sobre la pubertad biológica (F. Guignard, 1996 a), pongo ahora en duda la clasificación generalmente admitida, que distinguía un primer, luego un segundo período en el seno de la adolescencia. Esto equivale a decir que, en cierta medida, es toda la problemática de los dos tiempos del Edipo, de las identificaciones y de la organización de la represión la que es nuevamente cuestionada.

En efecto, encuentro que esos niños de cinco a doce años criados en Francia en estos últimos años del milenio están tan poco organizados por la represión en su funcionamiento afectivo e intelectual, como aquellos de tres a cinco años por un lado, y de doce a diecisiete años por el otro. El borramiento social de la diferencia de los sexos por parte del grupo que los rodea permite, incluso favorece, la expresión de una cierta forma de excitación pulsional en un modo mayoritariamente unisex, alentado por los medios por motivos comerciales. Desviada de su objetivo de transformación y elaboración de los movimientos pospuberales del segundo tiempo de las identificaciones edípicas, esta excitación no cede más que para transformarse en el mejor de los casos en pseudomadurez, en el peor en angustia, violencia y desesperación. No más que la diferencia generacional, el grupo de pares no sirve ya de continente; los días de autogestión parecen haber

quedado en el pasado. ¿Cómo considerar ese fenómeno que atañe tanto a la sociología como a la psicología de una civilización que ha alcanzado el estadio de la escritura?

II. ¿QUE HA OCURRIDO CON LA NEUROSIS INFANTIL?

En estos primeros días del tercer milenio, ¿nos encontramos ante una decadencia o una mutación?

¿Hay *todavía* adolescentes en el año 2000?

¿O bien no hay *más que* adolescentes?

Ese interrogante condiciona en efecto todo el desarrollo posterior de mi reflexión: ¿podemos reflexionar sobre las especificidades eventuales de una formación para el tratamiento psicoanalítico de los adolescentes, por comparación con una formación para el tratamiento psicoanalítico de los niños, si no hay más especificidad adolescente, tanto en relación con la infancia como con respecto a la edad adulta?

Para Freud, la instalación de la neurosis infantil se lleva a cabo en dos tiempos: el Edipo de los 3-4 años como primer tiempo, la pubertad como el segundo (Freud, 1905). En esta construcción, el período de latencia jugaba un papel primordial de “transición” con su “colchón” de represión. Recordemos los debates que movilizaron a los psicoanalistas franceses entre 1965 y los años ochenta en torno de la noción de “psicoanálisis genético” (E. & J. Kestemberg, 1965) y del tema de la neurosis en el niño (S. Lebovici, 1980).

Si ahora el período de latencia comienza a desdibujarse, ¿en qué se convierte el bifasismo freudiano y, con él, la gran aventura edípica?

Ahora bien, es cierto que la clínica actual del adulto nos plantea un problema, no únicamente nosográfico sino también de técnica psicoanalítica. En nuestros institutos de psicoanálisis, los candidatos tienen bastantes dificultades para encontrar un caso de neurosis clásica para sus supervisiones, mientras que en nuestra práctica, ya sea privada o institucional, cada uno de nosotros observa cotidianamente en sus pacientes organizaciones tópicas y mecanismos funcionales bastante alejados del modelo metapsicológico freudiano de la neurosis. Los calificativos que escuchamos relativos al modo de transferencia, al tipo de

relación de objeto y de identificación, a las características de la simbolización remiten fuertemente a la clínica del niño y del adolescente, así como a aquella de los “casos límite”.

Paralelamente a esta aporía de la clínica contemporánea, las obras más estimulantes y creativas post-Freud se sitúan ya sea en el campo del psicoanálisis infantil (M. Klein, 1921-1957; D. Winnicott, 1935-1971; S. Lebovici desde 1960; R. Diatkine, 1960-1994, etcétera) o del adolescente (E. & M. Laufer, principalmente 1989, y los autores ya citados en la nota 1), incluso en el campo de la cura analítica de los casos llamados “límite” –cuyo alcance podría parecer casi ilimitado–, a saber, en especial: W. R. Bion, 1984; J. McDougall desde 1960; A. Green desde 1965; D. Meltzer desde 1964, etcétera.

No hay que olvidar agregar a este inventario la clínica psicosomática: en un principio centrada en los casos de adultos, la Escuela de Psicosomática de París se interesó luego por casos de adolescentes, luego de niños (ver, por ejemplo, R. Debray, 1996 y G. Szewc, 1998). Ahí también podríamos elegir hoy en día otro punto de vista para describir la problemática y valorizar los elementos de integración/desintegración del Yo corporal como parámetro fijo, haciendo de la edad la variable dependiente. Los trastornos psicosomáticos que sobrevienen en la adolescencia no presentarían tal vez una especificidad tan marcada...

Por otra parte, muchos estudios que se ocupan de los modos inconscientes del pasaje intergeneracional de los traumas y de la psicopatología (Kaës y col., 1993 a, por ejemplo) han confrontado la metapsicología, especialmente la segunda tópica freudiana, con parámetros de reflexión no desdeñables en cuanto a la constitución de la identidad y la estructuración de las instancias psíquicas.

III. PERSPECTIVAS DE LA CLINICA PSICOANALITICA EN EL AÑO 2000

Si otras fuentes de observación confirmaran la frecuencia creciente de trastornos en la constitución de la represión en este inicio del tercer milenio, de cuya civilización formo parte, estaríamos entonces enfrentados a una modificación generalizada de la clínica y, en consecuencia, a una exigencia nueva de elaboración de la técnica psicoanalítica.

En momentos en que el psicoanálisis es duramente criticado desde todos los frentes por métodos terapéuticos digamos más rápidamente eficaces, basados, si nos referimos a los más serios entre éstos, más sobre la acción que sobre el pensamiento, los psicoanalistas deben permanecer atentos a la frecuencia y a las cualidades de expresiones inhabituales del funcionamiento del ser humano, tanto sociológicas como psicosexuales.

Por mi parte, creo firmemente que el método psicoanalítico sigue siendo *el* método psicoterapéutico por excelencia, en la medida en que aporta a sus beneficiarios un tejido incomparable de desarrollo de la persona y de comunicación interpersonal. Celebro los intercambios cada vez más numerosos que van a poder efectuarse con las neurociencias, que están compensando su retraso en ese ámbito: no seremos nunca demasiados para reflexionar juntos acerca de eso que es “propio del hombre”, que nos pertenece y a lo cual pertenecemos.

Creo sin embargo que, por mucho tiempo aún, sólo el método psicoanalítico seguirá siendo *el* método de investigación específico del psiquismo, en la medida en que es el único en examinar el devenir del funcionamiento humano producto de las *transformaciones* de las mociones pulsionales inconscientes, por ende de las bases biológicas del ser humano, en algo de otro orden: la vida psíquica. Por otro lado, es a partir de esas invariantes que he desarrollado las observaciones precedentes, relativas a las modificaciones de la organización funcional del ser humano occidental de hoy en día.

IV. LA ORGANIZACION PSIQUICA EN EL AÑO 2000

Quedan por caracterizar esas modificaciones funcionales de la organización psíquica en el año 2000, luego examinar el ángulo desde el cual la técnica psicoanalítica puede abordar este nuevo “orden” de la configuración edípica.

Respecto del plano de las defensas psíquicas, cuyo funcionamiento en “doble espiral” ya describí (F. Guignard, 1996 b), diré que los mecanismos primarios –clivaje, negación, idealización/persecución e identificación proyectiva– aventajan a los procesos secundarios, del orden de la represión tales como son descriptos por Freud en la Metapsicología de 1915 (S. Freud, 1915).

Por otra parte, el inicio del tercer milenio está ubicado bajo el signo de lo virtual. Esto nos obliga a considerar las relaciones de este último con, por un lado, el principio de placer/displacer y, por el otro, el principio de realidad: recordemos ante todo que Freud decía, en *La negación* (S. Freud, 1925), que sólo se puede tomar en cuenta el principio de realidad una vez que han intervenido los dos tiempos de la función de juicio que conducen a la capacidad de negación, a saber: el juicio de atribución en primer lugar, y el juicio de existencia en el segundo.

La tendencia inflacionaria, incluso hegemónica de lo virtual, deja una porción exigua al principio de realidad, es decir a la función de juicio de existencia. Ahora bien, Freud postula que una experiencia, propioceptiva, exteroceptiva o emocional, se ve primero calificada antes de ser reconocida como existente. Esta calificación, cuyo prototipo es “bueno, para tragar” y “malo, para escupir”, está regida por el Yo-placer, que quiere introyectarse todo lo “bueno”, mientras que lo “malo”, lo “extraño” y lo “exterior” son idénticamente desechables. En razón del empuje constante de las pulsiones y de la intemporalidad del Inconsciente, ese nivel elemental permanecerá activo toda la vida. Es así como puede comprenderse, en la normalidad, la satisfacción alucinatoria del bebé y, posteriormente en la patología, por ejemplo, el pensamiento delirante.

Mi hipótesis es que, en la medida en que el juicio de existencia se constituye en un segundo tiempo, éste estará constantemente puesto en duda, si no puesto en jaque, por las experiencias ligadas al juicio de atribución. Este nuevo cuestionamiento se debe a la fuerza del empuje constante de la pulsión y a la fragilidad compleja de las operaciones de pensamiento que conducen a la formación del Yo-realidad, especialmente el desplazamiento y la inhibición en cuanto a la meta de la pulsión.

Imaginamos sin esfuerzo múltiples vías de evitación que propone lo virtual al doloroso trabajo psíquico requerido por el reconocimiento de la realidad, y, más específicamente, de la realidad de la diferencia de los sexos y las generaciones que signa el acceso a las identificaciones posedípicas, en los dos tiempos de su constitución.

V. PERSPECTIVAS DE LA TECNICA PSICOANALITICA EN LA CLINICA DEL AÑO 2000

Todo psicoanalista habrá asociado lo que precede con un cierto número de recuerdos clínicos. Según la diversidad de su práctica, éstos remiten probablemente a “casos-límite” de adultos... a menos que se trate de niños o adolescentes.

Habrà que rendirse a la evidencia: las neurosis clásicas son raras hoy en día. El Complejo de Edipo se organiza siempre en dos tiempos, pero la delimitación de estos últimos ya no se sostiene, incluso no es controlada por la estructura social, y hoy ya no es posible prever lo que va a ocurrir a largo plazo para bien o para mal del desarrollo del psiquismo humano.

En esta transición en la que vivimos desde hace más o menos una generación, y que va a continuar al menos el tiempo de una segunda generación, postulo que son los modelos de la cura de niños y de la cura de adolescentes los que van a conducir las competencias técnicas de los psicoanalistas, incluidos los psicoanalistas de adultos, evidentemente, por una razón puramente matemática: los adolescentes descriptos en 1985 son ahora adultos de treinta años.

El modelo de la cura de niños se impone para el estudio de los procesos defensivos y de las relaciones identificatorias primarias, cuya permanencia hemos visto en el funcionamiento ulterior de un psiquismo adulto que no dispone ya de una represión secundaria bien organizada.

En estrecha relación con ese primer modelo, el modelo de la cura de adolescentes se vuelve así el segundo modelo más importante, no tanto en el sentido antiguo de “segundo tiempo de la constitución de la neurosis infantil” sino más bien en el sentido de “segundo tiempo de la constitución de la técnica analítica”, aplicable a una porción cada vez mayor de la población de todas las edades.

Un tercer parámetro va a jugar un rol esencial en la técnica analítica de los tiempos presentes y por venir, y me refiero a los desarrollos llevados a cabo a partir de los trabajos de Freud sobre “la mentalidad de grupo *en* la persona” (S. Freud, 1912-1913, 1918, 1921, 1927, 1930 y 1939), continuados por Bion (W. R. Bion, 1948-1961, 1964) y, en Francia, por Didier Anzieu (D. Anzieu, 1986, 1994) y René Kaës (R. Kaës, 1993 b, 1994).

¿Es necesario precisar que las combinaciones que pueden existir entre lo grupal, lo transgeneracional y lo virtual, así como su incidencia sobre la organización edípica de la identidad del sujeto, constituyen amplios campo de la teoría y de la clínica psicoanalítica aún poco explorados?

CONCLUSION

Mi participación en esta obra colectiva versaba sobre el tema de saber si hay una formación específica para el tratamiento psicoanalítico de adolescentes, con respecto a la formación para los tratamientos psicoanalíticos de niños...

El lector de estas líneas estará tal vez decepcionado por no haber obtenido una respuesta simple a una pregunta aparentemente tan directa. En lugar de eso, habrá visto algunos de sus marcos de pensamiento estallar y varias de sus certezas reducidas a la nada. Deseo que haya encontrado una compensación a ese displacer en las líneas de pensamiento que he intentado esbozar aquí.

Así como los límites de los períodos del desarrollo psíquico descriptos por Freud se fueron desdibujando progresivamente desde hace algunas décadas, mi respuesta relativa a una pregunta casi crucial como la formación en la técnica psicoanalítica destinada a un rango de edad determinado deberá tener en cuenta la situación de la realidad de ese borramiento relativo.

Pienso entonces que hoy sólo una formación lo suficientemente avanzada en psicoanálisis del niño como del adolescente permitirá al psicoanalista de adultos del año 2000 tratar pacientes, tanto en una cura tipo como en psicoterapia psicoanalítica.

Agregaría que la única práctica psicoanalítica que incluye cotidianamente casos de niños, de adolescentes y de adultos permite a un psicoanalista “seguirles el rastro” a las transformaciones que aparecen en las configuraciones edípicas de hoy en día y de los tiempos por venir. Puede que esas transformaciones no sean, tampoco ellas, más que virtuales; no deja de ser cierto que el analista está cada vez más enfrentado, en los sujetos de menos de cuarenta años, a la desintrincación pulsional que produce la pseudomadurez por un lado y la violencia por el otro.

Frente a este panorama, la solución que consiste en clasificar

a todos esos pacientes en la categoría de “casos límite” me parece una solución facilista que podría volverse absurda; si la mayoría de nuestros pacientes se sitúa “en los límites”, ¿no corremos el riesgo de perder de vista “el centro” del pensamiento freudiano?

A nosotros nos corresponde retomar incansablemente esta pregunta y hacerla trabajar, enriquecida como está por todos los aportes posfreudianos, especialmente kleinianos, winnicottianos y bionianos, tales como estos últimos inspiraron el psicoanálisis francés contemporáneo.

Un cambio de perspectiva acerca de un concepto freudiano implica el hecho de mantener rigurosamente su definición. Mientras más parámetros juntemos para examinarlos desde un ángulo diferente, más este rigor de partida será requerido (F. Guignard, 1997). Sólo a ese precio podremos esperar salir de ciertas ideas preconcebidas e iluminar algunas de nuestras manchas ciegas. Apurémonos entonces, ya que nuestros pacientes de cualquier edad nos han precedido en esos lugares de la investigación y, por lo tanto, de la incertidumbre que, para mí, signa el acceso a la edad adulta.

BIBLIOGRAFIA

- AICHORN, H. (1925). *Jeunesse à l'abandon*, Privat, Toulouse 1973.
- ANZIEU, D. (1986). Cadre psychanalytique & enveloppes psychiques, *Journ. Psychanal. de l'Enf.* 2 “Le Cadre” Éd. Païdos/Centurion Paris, p. 12-24.
- ANZIEU, D. (1994). *Le penser. Du Moi-peau au Moi-pensant*. Dunod Paris.
- ARNOUX, D. (1999). *La dépression à l'adolescence*, In Press Éditions, Paris.
- BARANDE, I., BOURDIER, P. & DAYMAS-LUGASSY, S. (1970). Psychothérapies de l'enfant et de l'adolescente, *Encyclopédie médico-chirurgicale*, 37818 A10, 27 p.
- BARANÈS, J.-J. (1986) Éd. *Psychanalyse, adolescence et psychose*, Payot, Paris.
- BÉGOIN GUIGNARD, F. (1984). Adolescence de la féminité, *Adolescence*, vol. 2 n° 2 p. 221-236, G.R.E.U.P.P. Paris. Repris dans :

- GUIGNARD, F. (1997). *Épître à l'objet*, Coll. Épîtres, P.U.F. Paris, p. 111-128.
- GUIGNARD, F. (1997). *Sexualités, Adolescence*, n° spécial 1997.
- BÉGOIN GUIGNARD, F. (1989a). Symbolisation et géographie des identifications, *Rev. franç. Psychanal.* LIII 6 p. 1681-1692, P.U.F. Paris.
- BÉGOIN GUIGNARD, F. (1989 b). Enjeux de la symbolisation à l'adolescence, *Rev. Franç. Psychanal.* LIII 6 p. 1755-1761, P.U.F. Paris.
- BÉGOIN GUIGNARD, F. (1990). Apprendre l'incertitude, Ouvr. coll. *Devenir "adulte"?* p. 123-141, édit. ALLÉON A.M. *et alii*, P.U.F. Paris.
- BERNFELD, S. (1919). La psychanalyse dans les mouvements de jeunesse, *Adolescence* 14, 1, 1996.
- BION, W.R. (1948)-(1961). *Recherches sur les petits groupes*, P.U.F. Paris 1965.
- BION, W.R. (1962). Une théorie de la pensée, *Rev. franç. Psychanal.* XXVIII 1, P.U.F. Paris 1964.
- BION, W.R. (1962). *Aux sources de l'expérience*, P.U.F. Paris 1979.
- BION, W.R. (1965). *Transformations*, P.U.F. Paris, 1982.
- BION, W.R. (1970). *L'attention et l'interprétation*, Payot Paris 1974.
- BLOS, P. (1987). *Les adolescents, essai de psychanalyse*, Stock, Paris.
- CAHN, R. (1998). *L'adolescent dans la psychanalyse*, Le fil rouge, P.U.F. 1998.
- DEBRAY, R. (1996). *Clinique de l'expression somatique*, Delachaux & Niestlé, Champs psychanalytiques, Lausanne.
- DIATKINE, R., SIMON, J. (1972). *La psychanalyse précoce*, P.U.F. Paris.
- DIATKINE, R. (1994). *L'enfant dans l'adulte ou l'éternelle capacité de rêverie*, Delachaux & Niestlé, Champs psychanalytiques, Lausanne.
- DOUGALL Mc, J. & LBOVICI, S. (1960). *Un cas de psychose infantile*, P.U.F. Paris.
- DOUGALL Mc, J. (1978). *Plaidoyer pour une certaine anormalité*, Gallimard, Coll. Connaissance de l'Inconscient, NRF Paris.
- DOUGALL Mc, J. (1982). *Théâtres du Je*, Gallimard, Coll. Connaissance de l'Inconscient, NRF Paris.
- DOUGALL Mc, J. (1989). *Théâtres du corps*, Gallimard, Coll. Connaissance de l'Inconscient, NRF Paris.
- FREUD, S. (1905). *Trois essais sur la théorie de la sexualité*, Gallimard Paris 1962.
- FREUD, S. (1912-1913). *Totem et Tabou*, Payot Paris 1947.
- FREUD, S. (1915-1917). Métapsychologie, *O.C.F.* XIII, P.U.F. Paris 1988.
- FREUD, S. (1918). Le tabou de la virginité, *La vie sexuelle*, P.U.F. Paris, 1973, 4^e édition.

- FREUD, S. (1921). Psychologie des foules et analyse du moi, *O.C.F.* XVI P.5-85, P.U.F. Paris 1991.
- FREUD, S. (1925). La négation, *O.C.F.* XVII, P.U.F. Paris 1992.
- FREUD, S. (1927). L'avenir d'une illusion, *O.C.F.* XVIII P.U.F. 1994.
- FREUD, S. (1930). Un malaise dans la culture, *O.C.F.* XVIII P.U.F. 1994.
- FREUD, S. (1939). *Moïse et le monothéisme*, Gallimard Coll. Idées Paris 1980.
- GREEN, A. (1973). *Le discours vivant; la conception psychanalytique de l'affect*, P.U.F. Paris.
- GREEN, A. (1983). *Narcissisme de vie, narcissisme de mort*, Éd. de Minuit Paris.
- GREEN, A. (1990). *La folie privée*, Gallimard Paris.
- GREEN, A. (1993). *Le travail du négatif*, Éd. de Minuit, Paris.
- GUIGNARD, F. (1996a). *Au Vif de l'Infantile*, Delachaux & Niestlé, Champs psychanalytiques, Lausanne.
- GUIGNARD, F. (1996b). Un trouble de mémoire sur la Métapsychologie, *Rev. franç. Psychanal.* LX/5, P.U.F. Paris.
- GUIGNARD, F. (1997). *Épître à l'objet*, P.U.F. Paris, Coll. "Épître".
- GUTTON, P. (1991). *Le pubertaire*, P.U.F. Paris.
- GUTTON, P. (1995). *Adolescens*, P.U.F. Paris.
- JEAMMET, PH. (1991). Les enjeux des identifications à l'adolescence, *J. psychanal. enf.*, 10, 140-163.
- KAËS, R.; FAIMBERG, H.; ENRIQUEZ, M.; BARANÈS, J-J. (1993). *Transmission de la vie psychique entre générations*, Dunod, Inconscient et Culture, Paris.
- KAËS, R. (1993). *Le groupe et le sujet du groupe - théorie psychanalytique du groupe*, Dunod, Psychismes, Paris.
- KAËS, R. (1994). *La parole et le lien. Processus associatifs dans les groupes*, Dunod, Psychismes, Paris.
- KESTEMBERG, E. & J. (1965). Contribution à la perspective génétique en psychanalyse, *Rev. franç. Psychanal.* XXX 5-6 p. 569-774, P.U.F. Paris.
- KLEIN, M. (1932). *La psychanalyse des enfants*, P.U.F. Paris 1978.
- KLEIN, M. (1921-1945). *Essais de Psychanalyse*. Paris, Payot, 1967.
- LADAME, F. (1991). L'adolescence, entre rêve et action, *Rev. franç. psychanal.*, 55, 6 1493-1542.
- LAUFER, E. & M. (1989). *Rupture du développement et traitement psychanalytique à l'adolescence*, P.U.F. Paris 1993.
- LEBOVICI, S. (1980). L'expérience du psychanalyste chez l'enfant et chez l'adulte devant le modèle de la névrose infantile et de la névrose de

- transfert, *Rev. franç. Psychanal.* XLIV 5-6 p. 733-857, P.U.F. Paris.
- MÂLE, P. (1964). *Psychothérapie de l'adolescent*, rééd. QUADRIGE, P.U.F. 1999.
- MELTZER, D. (1964). The Differentiation of Somatic Delusion from Hypochondria, *Int. J. of Psa.* Vol. 45, n° 2-3.
- MELTZER, D. (1967). *Le Processus psychanalytique*, Payot Paris 1971.
- MELTZER, D. (1973). *Les structures sexuelles de la vie psychique*, Payot Paris 1977.
- MELTZER, D. (1984). *Dream-Life*, Clunie Press, Aberdeen.
- MELTZER, D. (1992). *Le Claustum. Une exploration des phénomènes claustrophobiques*, Éd. du Hublot, Larmor-Plage 1999.
- Revue Française de Psychanalyse (1980). *L'adolescent*, T. XLIV n° 3-4, P.U.F. Paris.
- SZWEC, G. (1998). *Les galériens volontaires*, P.U.F., Épîtres, Paris.
- WINNICOTT, D.W. (1960). La crainte de l'effondrement, *Nlle Rev. Psychanal.* 11 Gallimard Paris 1975.
- WINNICOTT, D.W. (1971). *Jeu et Réalité. L'espace potentiel*, Gallimard Paris 1975.

Traducido por Marina Calabrese.

Florence Guignard
Square d'Orleans - Pavillon 7
80 rue Taitbout
75009 Paris
France